

REFLEXION DOMINGO DE PENTECOSTES

UNIDAD, SI. UNIFORMIDAD, NO.

Este Domingo de Pentecostés, cincuenta días después de la Pascua, nos muestra que las experiencias de Pascua y de Resurrección, nos han puesto en el camino de la vida verdadera. Pero esa vida es para llevarla al mundo, para transformar la historia, para fecundar a la humanidad en una nueva experiencia de unidad, no uniformidad, de razas, lenguas, naciones y culturas.

Comienza recordándonos lo que sintieron los primeros cristianos cuando perdieron el miedo y se atrevieron a salir del «cenáculo» para anunciar el Reino de Dios que se les había encomendado. Nos pone de manifiesto lo importante que fueron las experiencias del Espíritu para cambiar sus vidas, para profundizar en su fe, para tomar conciencia de lo que había pasado en la Pascua, no solamente con Jesús, sino con ellos mismos y para reconstruir el grupo de los Doce, al que se unieron todos los seguidores de Jesús.

Por eso, este día es la manifestación y vivencia de una experiencia extraordinaria, rompedora, decidida. Pretende manifestarnos que la identidad de la comunidad de Jesús resucitado está fundamentada en la fuerza y la libertad del Espíritu. San Lucas en este capítulo de los Hechos, nos quiere decir que el Espíritu es lo propio de los profetas, de los que no están por una iglesia estática y por una religión sin vida. Por eso es el Espíritu quien debe marcar el itinerario de la comunidad apostólica y quien la configura como comunidad profética y libre.

El misterio del Espíritu Santo, aunque inabarcable en toda su profundidad y grandeza, incita al creyente a continuar ahondando para vivirlo en alabanza y bendición incesantes. Como fuerza necesaria e imprescindible para ser creyente en Jesús de Nazareth.

Las representaciones con que con que explican la irrupción del Espíritu, todas ellas nos ayudan a penetrar en el núcleo de la realidad del Espíritu Santo. **Ayudan a nuestra inteligencia reflexiva** el que sea percibida como la *luz*, el *viento*, el *agua*, el *fuego*, la *brisa*, el *calor* y el *aliento*. Nada de todo esto se encubre a la rica sensibilidad con que nos ha dotado a su criatura racional. Todo esto nos sirve para la indagación del misterio, con el fin de hacerlo vida en la dimensión personal y compartirlo generosamente.

El Espíritu Santo, es el **aliento divino** que unifica a las personas, a pesar de todas las diferencias que existen entre nosotros. Unificar no significa negar la diversidad y menos aún, pensar en la uniformidad.

Sería ir contra natura. La unidad que intenta lograr con sus dones es unidad de misión, de tarea común, pero de distinta manera realizada. La armonía creada por Dios, y rota por el hombre, gracias al Espíritu podemos recobrarla. La diversidad es riqueza. La uniformidad es empobrecer la existencia humana. Dios nos ha creado distintos, diferentes, pero iguales en dignidad. Esta dignidad en igualdad es lo que el Espíritu intenta favorecer con la unidad. La dignidad es lo que da unidad, no otra cosa. La uniformidad estropea la convivencia, estropea la existencia y nos impide realizarnos como personas. Desde el punto de vista creyente, pienso que es un pecado grave. Además, está coartando la libertad y está provocando división y enfrentamiento.

Del Espíritu manan los carismas con que se enriquece la Iglesia, impregnados todos de amor, que son como llama viva e inextinguible. Dan consistencia al universo, son camino de unidad y santidad para todos. El Espíritu Santo *unifica* a los creyentes, a semejanza de la magnitud del lago, que se forma como resultado de innumerables gotas. La energía unificadora del Espíritu, como la del **agua**, mueve, produce vida, apaga la sed, lava, alegra con su rumor inimitable, embellece, descansa, proporciona vías para arribar a deseados puertos.

El Espíritu Santo, igual que **el fuego**, dispone hogares de familia, luminosos y bien caldeados, con vocación de comunidad en la que ningún permanezca a la intemperie. El corazón de esta brasa está compuesto íntegramente de amor. Impulsa a enriquecerse y no menos a caldear, como un sol que no conoce desgaste, ni ocaso.

El Espíritu Santo, como el **aire o el viento**, se deja sentir de manera múltiple: casi imperceptible, sutil, más leve que grave, a manera de brisa, claro, noble, inmenso, vehículo de la palabra. En circunstancias sopla con fuerza, levanta oleaje, transporta humedad saludable, arrastra las nubes y hasta las disipa. Es origen de fuerza invisible, mueve, aleja la atmósfera contaminada, prepara la tierra para la siembra, madura las cosechas, surca el firmamento, lo llena todo hasta lo más recóndito, aunque sea menos perceptible que los demás elementos.

En Él está la vida que ha comenzado en las fuentes bautismales. Continúan en el *hoy* de la historia realizando aquellas maravillas que se exteriorizaron en el primer Pentecostés.

Termino esta reflexión con unas palabras de Pedro Casaldaliga que nos puede ayudar lo que es el Espíritu en cada persona: "**El Espíritu de una persona es lo profundo y dinámico de su propio ser: sus motivaciones mayores y últimas, su ideal, su utopía, su pasión, la mística por la que vive y con la que contagia**"